

EL ALBUM.

SEMANARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS.

AÑO II.

MURCIA 2 DE NOVIEMBRE DE 1877.

NÚMERO 34.

LA ÚLTIMA PÁGINA.

Al cesar, hoy, en su publicación EL ALBUM, llevando en sus páginas elegiacos y tristísimos acentos, dedicados a la memoria, de la inolvidable señora, cuya irreparable pérdida lamentamos, debe declarar, y declara, que su muerte era de inevitable necesidad, después del luctuoso acontecimiento que nos aflige. EL ALBUM muere porque ha muerto lo que era su vida; que nunca se ostentó lozana la flor, cuyo tallo ha sido destrozado.

Era EL ALBUM eco de *La Reunion Literaria*, que se había formado al calor de la amable amistad de los señores de Pagán: en él, se han reproducido los trabajos literarios que se leían en las tardes de todos los viernes; y en él, en todas las páginas de esta nuestra querida revista, están impresos los adelantos de nuestra fraternal emulación y bien definidos los progresos de cada uno. Así como cariñosamente nos juntaba aquel extraño atractivo de *La Reunion*, así están reunidos en EL ALBUM los nombres de todos los que en Murcia cultivamos las bellas letras mas ó menos asiduamente y con mejor ó peor vocacion. EL ALBUM como *La Reunion* han sido un palenque abierto para todos, un campo neutral de todas las ideas, un oasis (séame permitido llamarle así) en el desierto de esta ciudad tan poco infuida del espíritu de asociación y tan gobernada por el feo achaque de todas las intransigencias.

Siempre será un recuerdo placentero, para los que hemos concurrido á las sesiones de *La Reunion Literaria*, la memoria de aquellas modestas, pero siempre íntimas y fraternales fiestas de los viernes. Dentro de aquel salon todos éramos otros: las miserias del personalismo local y aun las de la vida parecia que se habían quedado fuera. Allí nunca se residenció á los partidos, ni se aquilató el liberalismo de nadie, ni se arregló el país, ni se enderezó filípica contra el municipio; cada uno se guardó sus planes políticos, sus aficiones personales, sus simpatías y sus desabrimientos para hacerlos buenos en calles y cuatro-esquinas, en los cafés y en los periódicos políticos. Allí sólo se rindió culto al arte y á la ciencia; se discutió de la importancia de la poesia en los tiempos presentes, y de su porvenir; se trató con espíritu elevado de los grandes pro-

blemas sociales y religiosos, se discutió á Becquer y á Campoamor, y hasta hubo quien hizo el paralelo del primero con el autor del poema á *Granada*; se sublimó y discutió á Echegaray; y siempre, como era preciso, predominó la apasionada conversacion de Murcia, de sus glorias literarias, de su historia y de sus ilustres hijos, así de los que gozan universal fama como Saavedra Fajardo y Polo de Medina, como de los olvidados é injustamente preteridos, como Meseguer y Senen Vila.

Y el tono que en aquellas reuniones predominaba, aquella fraternidad, todo aquel, entonces incomprensible, encanto era debido á una mujer, á una señora, á una dama, á la señora D.^a Leonor Guerra de Pagán, que imponía allí, sin darse cuenta de ello, su dulce bondad.

Ella sentía con el poeta; oía con inteligente discrecion los trabajos científicos; saboreaba con fruicion los populares y poéticos asuntos locales; y, era tanta su finura, su amabilidad, su ingenioso tacto, que para todos tenia un aplauso conveniente, una sonrisa benévola, una palabra discreta. Mas bien que la presidenta de honor, era ella una reina. Sin saberlo, todos nos disputábamos sus aplausos; y por ella, por sus insinuantes indicaciones, que eran como fraternales correctivos, huía de nosotros la pereza, que es como segunda naturaleza de los que vivimos en este templado clima. Y todo esto lo hacia tan naturalmente que cautivaba por igual á todos, porque todos éramos para ella los mismos amigos, siéndolo tan igualmente porque en su grandeza de ánimo y bondad de corazón no sabia tener preferencias.

Por eso, al recordar yo hoy aquellas reuniones, comprendí perfectamente cuanto era al placer de mi querido amigo, el hoy asombrado esposo, D. Pedro Pagán. Si él gozaba en nuestras reuniones como buen aficionado á las artes y á las letras, como buen murciano amante del progreso de esta ciudad, no gozaba menos de ver á su tierna esposa rodeada de una atmósfera de arte y en medio de una corte de viejos y noveles escritores, que cifraban su orgullo en ofrecer los frutos y las primicias de su ingenio á los pies de su infortunada compañera. Por eso, con su especial actividad y carácter, reunió en su casa á todos los literatos murcianos, y sos-

